

La poesía mística de San Juan de la Cruz en la Historia Trágica de la Literatura

Alicia Correa

Hace algunos años, diez quizás, di una conferencia sobre Santa Teresa de Jesús, en donde hacía una revisión de su poesía bajo la mirada de la historia trágica de la literatura. Quiero ahora hacer esta revisión con esos mismos ojos. Tal vez algún día, que espero no sea lejano, pueda hacer un estudio más profundo y sistemático de sus diferencias y semejanzas. Valgan estas líneas como un homenaje al gran amor que tengo al poeta San Juan.

La historia trágica de la literatura, según Walter Muschg, trata de iluminar las leyes vitales de la poesía, sobre una base de comparación histórica. Se aprehende la literatura bajo diferentes puntos de vista, tales como el sociológico, el histórico, el filosófico, el lingüístico, pero básicamente desde el sentimiento vital personal de los grandes poetas.

Cuando la verdad, la esencia del hombre, se expresa en forma artística, semánticamente refleja su fuerza humana; se descubren sus orígenes a través de su palabra y de su idea. Es entonces cuando se reconoce la literatura como fenómeno humano.

En este caso, la palabra **trágico** significa, justamente, **un profundo sentido humano**, crítico y a la vez analítico. La obra poética expresa una visión del mundo que nace de las profundidades de la vida vivida, y que interviene violentamente en ella. La historia de toda expresión poética refleja que ésta trasciende la esfera puramente estética, porque posee una intención "espiritual", "humana". El verdadero análisis de la poesía será aquél —dice Muschg— que aprehenda, a través de la estructura y de la pragmática, el universo semántico del juego poético.

Muschg expresa también que "la esencia de lo trágico sólo puede destilarse de la obra poética, pues lo trágico es una manera de pensar de los poetas". Una historia trágica establece la fundamentación de la esencia poética en lo trágico, que explica el destino que rige sobre la historia literaria y "la variada desdicha personal de los poetas".

Pero cuidado, lo trágico no es igual en todos los seres. Puede ser la pura desesperación, el aceptar heroico de una realidad caótica, la humildad ante el destino

destructor. Su forma puede ser demoníaca, heroica o religiosa. Pero también de ésta existen muchos matices.

Lo trágico de la poesía mística consiste no en la locura, en la miseria o la prisión, sino en lo que consiste toda tragedia amorosa: en no poseer al amado para siempre en esta vida; sólo es un éxtasis, un encuentro, una unión efímera, no una posesión definitiva ni una seguridad en un aquí y ahora eternos. Pero se dirá, estas desgracias no sólo caen sobre los místicos sino también sobre todos los seres humanos que amamos y nos enamoramos. En efecto, y esto es lo que nos toca de la literatura.

Junto a esta lucha interminable del místico por buscar y purificarse, prepararse y comprometerse, está lo efímero, lo fugaz, lo terreno y hasta lo humano que siempre domina.

La firmeza de los místicos españoles, y hablo esencialmente de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa, su estar y no estar en la vida, su compromiso y su evasión de la realidad, su querer y no poder, tienen un trasfondo de historia humana. Como expresaba Nietzsche "cuanto más espíritu mayor dolor". Es ésta quizá la fatalidad del hombre del siglo de oro español. Y es ésta, por supuesto, la característica del trágico griego.

No se puede pensar en una plenitud o un optimismo en San Juan cuando nos está diciendo:

Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

En mí ya no vivo yo
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo.

Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo.
Oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero;
que muero porque no muero

Estando absente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,

pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
aunque de alivio no caresce,
que en la muerte que padesce,
al fin la muerte le valo.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,
pues si más vivo más muero?

Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento,
Háceme más sentimiento
el no poderte gozar;
todo es para más penar,
por no verte como quiero
y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero,
muérome porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dáme la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios!, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero:
vivo ya porque no muero?

La poesía mística, a pesar del éxtasis y de la unión, de la grandeza y perfección de lo amado, no es una expresión del todo optimista porque conlleva una fatali-

dad que es justamente lo humano, lo terrenal. Los poetas místicos contemplan con dolor su propia situación y el papel que desempeñan en el mundo. Cuando deberían estar con el amado, sólo están en las reflexiones de la ausencia y la poquedad.

Casi todos los trágicos citados por Muschg en su *Historia trágica de la literatura*, aprehenden el mundo por medio del dolor; esto es porque en él —en el mundo— existe la muerte y esta preocupación, que es más espiritual que física, inquieta, pues es el enigma de la existencia. Sin embargo, para el místico este enigma no existe, ya que está resuelto. El poeta místico es trágico más bien porque se entrega al dolor de una existencia terrena en la que sólo virtualmente puede conseguir al amado y extasiarse en él.

44

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
esperando como espero
muérome porque no muero.

El místico, al igual que el trágico, reconoce que no es dueño de su vida sino que está en manos de un poder divino, que aunque lo toma en cuenta, no le da lo que desea.

Es este sufrimiento el que libera y permite la expresión poética. Sin embargo no es el sufrimiento el motor y la esencia del valor poético, es el genio, el genio creador del poeta místico. Por esto existen sólo 4 ó 5 grandes poetas místicos y más de 1 800 escritores místicos en la España del siglo XVI.

Si como expresa Muschg, es este sentimiento, descargado de resonancias optimistas, el secreto del arte trágico, porque es la afirmación más profunda de su mundo, habría que enmendar la plana y expresar que, de alguna manera el genio es el creador de la poesía trágica, porque es él quien encuentra una revelación en lo que aparentemente no tiene sentido.

Es cierto que en el sufrimiento se experimenta un sentido de la vida que es así y sólo de esa manera. Pero en el genio creador está su grandeza artística tanto o más que en el sufrimiento mismo.

Sí, es en las grandes tensiones y en los climas donde se dibuja el origen de la poesía; pero hay un poder que consagra al poeta: su capacidad creadora.

Los poetas místicos, como todos los grandes artistas, no son todos los llamados, sino los elegidos. Un poeta místico es un doblemente elegido. Por una parte, la señal inequívoca de su elección mística es que irremediamente expresa que no es digno ni capaz de serlo. El poeta místico español, a diferencia del iluminado y en coincidencia con los profetas judíos, sabe que una de sus funciones es "agravar" el corazón de los pueblos, comprometerse con la realidad cotidiana para cambiarla. Quien expresa su comunión con Dios se encuentra consciente de que se le tachará de loco o de soberbio, pero su tragedia no es ésta, sino la de

transitar por la vida deseando poseer a la divinidad, entre un mundo de santos y de pecadores, sin tener sino momentos de éxtasis que sólo le dejarán un deseo mayor por lo divino y un vacío de lo humano.

La mística es, en su origen judío, una espiritualización violenta y semimágica que se convierte en fenómeno literario. El mensaje místico es expresado por el profeta, vidente que clausura el mundo mágico antiguo y cuyos escritos son grandes testimonios para la mística. El profeta, como el místico, cambia su yo humano por el divino; pero el místico va más allá, se siente a disgusto en este mundo y no puede tolerar la distancia que lo separa de lo ultraterreno.

En la España gótica, la fe cristiana se mezcló con la inquietud de obtener la perfección de belleza espiritual que infundió nueva vida a los ideales caballerescos y de reconquista. El platonismo floreció en la literatura como el servicio amoroso a la dama y se plantea en los monasterios como el amor por Cristo y la Virgen. En el preludio del Renacimiento, el amor cortés se instituye en el soneto y en la canción italianos de Petrarca, Dante y hasta Bocaccio. Con el influjo de esta poesía, Garcilaso presenta también un amor teñido de lo sagrado, de lo sublime y perfecto. Su amor a Isabel Freyre —que no estaba libre de deseo físico, por imposible— es el motivo perfecto para buscar el ideal, la amada, la perfección, la belleza suprema en este mundo corpóreo. Su expresión se encuentra purificada de todo impulso sensual; así como para Dante, Beatriz encarna el amor espiritual, la amada de Garcilaso está en el cielo como encarnación de la alegría eterna; ésta es la amada divinamente transfigurada, ya no es terrena, ni real, sino que se convierte en un acto de fe:

Escrito está en mi alma vuestro gesto
y cuanto yo escrebir de vos deseo,
vos sola lo escribiste yo lo leo
tan solo, que aún de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto
que aunque no cabe en mí lo que en vos veo,
de tanto bien, lo que no entiendo creo
tomando ya la fe por presupuesto.

De la misma manera, Dulcinea es un acto de fe, es una creación hacia la belleza y la perfección suprema, es una tradición del amor cortés, es una conducción hacia lo espiritual.

El siglo XVI español, que vive tanto el petrarquismo como la *Celestina* y la picaresca de *El Lazarillo*, así como la contrarreforma y la “cruzada” de San Ignacio, en la poesía mística tiene ya los elementos de la tradición poética en la expresión del amor hacia el ser amado espiritual, perfecto en la idea y sublimado en la hermosura y la virtud. Éste fue el punto de comparación poético de la unión a un amor más perfecto y sublime, al buen amor.

San Juan recibe la tradición de la experiencia mística española, es decir, el realismo, el calor de vida, la experiencia real. No se sirve sólo de los sentidos para el empeño contemplativo, necesita el contexto real, no puede estar limitado por

la imagen. Su poesía no es como la de los místicos alemanes, una épica visionaria ni una confesión de inspiración divina, es una alegría por el amado, es un anhelo de muerte en el amado, una absoluta decisión de entrega. Para él, Dios vive entre las cosas visibles; no es el Dios terrible de la predestinación, es la presencia divina. Si acaso es padecimiento, lo es por el amor, por la ausencia, como en el amor cortés. A la alegría por amar a ser tan excelso, corresponde el dolor por la transitoriedad; el místico acepta ese dolor por el gozo de pertenecer al amado. Su destino trágico está en morir por morir, una disposición plena por la muerte a pesar de que ésta, renacentistamente, es la única que rompe con la realización absoluta del ser. Su "muero porque no muero", igual que el de Santa Teresa, es la tragedia de no morir, de tener que vivir toda la vida con el tormento de no poder realizarse en el amor, por la ausencia.

46

¿Adónde te escondiste,
amado y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

El entusiasmo por el amado es permanente, pero la unión no; la ausencia rompe con el éxtasis y se tiene que empezar de nuevo. Después del relajamiento, la realidad separa al amante del amado. Entonces, aparece el mundo cotidiano; el recuerdo del éxtasis es una ilusión que la realidad no satisface, como una realización que se encuentra sólo en el pasado o en el futuro:

¡Ay!, ¿quién podrá sanarme?
acaba de entregarte ya de vero.
No quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuanto vagan
de ti me van mil gracias refiriendo
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no se qué que quedan balbuciendo.

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos.
y solo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;

Mira que la dolencia
de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura.

El objeto del amor en el místico es la propia perfección. El amado es lo bello en su forma inmortal y divina. Aún más, el amado es una guía hacia la perfección. En el amor humano, el clímax, el éxtasis, es un acto que ayuda a la fuerza generativa. En el místico, el éxtasis divino le ayuda a alcanzar eternidad aquí en la tierra. Alcanzar la belleza suprema implica salir de lo corpóreo, purificarse, liberarse de la envoltura terrenal, vivir la iluminación, la presencia de la divinidad y alcanzar lo perfecto en una unión en que amado y amante se encuentran en igualdad de circunstancias.

Sin embargo no hay que olvidar que, lo imperecedero no lo es aún. Así como el éxtasis sexual, delicia suprema, no satisface, a la larga, a los enamorados porque es perecedero y no constante, así el místico sabe que la unión, aunque estática, no es absoluta. Su anhelo de perfeccionamiento se ha cumplido en cuanto a la perfección del amado, de la posesión, del amor, del acto de unión, pero no de la entrega continua y constante. Como ser terreno, el místico busca lo eterno en lo presente, pero sólo encontrará eternidad en la muerte.

Según Ortega y Gasset en su *Arte de amar*, en el **enamoramiento**, la primera fase del amor, se atiende sólo a un algo para desatender todo lo demás. Se quitan todos los objetos que permiten el movimiento de la atención. Es un “desasimiento grande de todo”, “un arrancamiento del Alma”, un “quedar embebidos” —para decirlo con el lenguaje de los místicos—, una fijación en la mente, “un angostamiento y empobrecimiento del campo atencional” —para decirlo con el lenguaje de la psicología. En la mística, esto es la etapa purgativa, en efecto, no hay arrobo místico sin previo vacío de la mente:

Sin arrimo y con arrimo,
sin luz y a oscuras viviendo,
todo me voy consumiendo.

Mi alma está desasida
de toda cosa criada,
y sobre sí levantada,
y en la sabrosa vida,
solo en su Dios arrimada.
Por eso ya se dirá
la cosa que más estimo,
que mi alma se ve ya
sin arrimo y con arrimo.

Lo atendido, el foco de la atención, adquiere más realidad, más vigorosa existencia. Al tener más realidad el objeto amado se carga de mayor estima y compensa el resto oscurecido del universo. Así, Dios va desalojando mayor espacio en el

alma atenta para quedar solo Él. El alma es incapaz de desatender a aquel privilegiado, y la impresión es de una mayor intensidad, porque todo se actúa en un solo punto.

Tras de un amoroso lance,
y no esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Para que yo alcance diese
a aquesta lance divino,
tanto volar me convino
que de vista me perdiese:
y, con todo, en este trance
en el vuelo quedé falto;
mas el amor fue tan alto
que le di a la caza alcance.

Así adquiere Dios una fuerza de realidad incomparable, como la adquiere cualquier objeto amoroso. Cuando el poeta místico habla así de la presencia de Dios, no sólo expresa una frase, sino un fenómeno auténtico, de solidez objetiva, que no desaparece de su campo mental. Todo movimiento recae en Él:

Cuando más alto subía
deslumbróseme la vista,
y la más fuerte conquista
en oscuro se hacía:
mas, por ser de amor el lance,
di un ciego y oscuro salto,
y fui tan alto, tan alto
que le di a la caza alcance.

Aunque no existe una cualidad que enamore universalmente, sí existe, si así se cree, quien posea todas las cualidades; de aquí que, para el místico, enamorarse no sólo es embobarse o anonadarse —aunque lo sea, porque se pierde la perspectiva de la realidad— sino además una absoluta enajenación, pues el amado tiene una perspectiva normal sublime:

Por toda la hermosura
nunca yo me perderé
sino por un no sé que
que se alcanza por ventura.

Que estando la voluntad
de Divinidad tocada,

no puede quedar pagada
sino con Divinidad;
mas, por ser tal su hermosura
que sólo se ve con fe
gústala en un no se qué
que se halla por ventura.

Ya no hay preocupación, por el momento, sólo se vive en una oscuridad luminosa, en una soledad sonora, en una divina prisión, en una sola preocupación que es Dios, Dios ya no está lejos o afuera, sino cerca y junto.

La segunda fase se da cuando el amado corresponde al enamoramiento del amante. Cada uno traslada al otro la corriente de su ser y vive desde el otro.

Entrado se ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado,
(...)
En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su Querido,
también en soledad de amor herido.

El místico llega, verdaderamente, a la región del amado, a su ámbito, y pretende habitar sólo con Él. Esto se da en el preámbulo de la tercera fase: la unión.

Gocémonos amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura
(...)
Quedéme y olvideme,
el rostro recliné sobre el Amado:
cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

En este parangón del amor místico y del humano no quiero alejarme del punto central de este ensayo: la tragedia del místico, el temor por la pérdida y el dolor por la ausencia. En el amor, como lo expresa Sor Juana o la Monja portuguesa o la misma Melibea, la enamorada o el enamorado prefiere, a la indiferencia o a la

pérdida, las angustias que le origina el amado, con la ausencia, con la dulce ficción, con el engaño, inclusive.

Sor Juana expresa:

Poco importa burlar brazos y pecho si te labra prisión mi fantasía.

Mariana Alcoforado:

Agradezco la desesperación que me causáis y detesto la tranquilidad en que vivía antes de conoceros.

Melibea:

No tengo otra lástima sino por el tiempo que perdí de no gozarlo, de no conocerlo, después que a mí me sé conocer. Faltándome Calisto me falta la vida, la cual por que él de mí goce, me aplice.

50

Santa Teresa:

Si queréis, dame oración;
si no dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad...
Dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía;
dadme tiniebla o claro día,
revolvedme aquí o allí
Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar,
Si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo y cuándo?
Decid, dulce Amor, decí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

San Juan:

Y aunque tinieblas padezco
en esta vida mortal,
no es tan crecido mi mal,
porque, si de luz carezco,
tengo vida celestial
porque el amor da tal vida,
cuando más ciego va siendo,
que tiene el alma rendida
sin luz y a oscuras viviendo.

Vemos a través de estos fragmentos que la expresión poética de la realidad mística no es, en San Juan y en Santa Teresa, una expresión intelectual o ininteligible, sino la presentación coherente y elaborada de una experiencia personal.

Esta poesía que proviene del acercamiento a Dios se expresa, al igual que la poesía profana, con las mismas metáforas e imágenes. Si léxicamente existe un canje entre el vocabulario sobre el amor y la mística, es que realmente hay una comunidad de raíz.

Ortega y Gasset ya había planteado esta situación; Denis de Rougemont afirma que al coexistir dos formas o corrientes de la mística universal: la mística unitiva, que tiende a la fusión total del alma con la divinidad, y la mística epitalámica, que es el ágape del alma y de Dios, la primera es la que abusa del lenguaje amoroso humano. Del alma fluye el sentimiento hacia la divinidad, como en la primera y segunda fases del enamoramiento, que conduce a una unión suprema, a la cumbre de un impulso de amor. Esto es un sentimiento, más del erotismo humano que de la alta alegría mística. Porque si el alma no puede unirse a Dios esencialmente, tal como lo sostiene la ortodoxia cristiana, este amor del alma a Dios es un amor recíproco desgraciado. Cuando un ser ama a Dios, el obstáculo de la trascendencia introduce en el amor una desgracia esencial. Por eso, el amor místico se expresará en un lenguaje pasional, el lenguaje de la herejía cántara profanizado por la literatura y adoptado por las pasiones humanas.

Es decir, el lenguaje pasional no proviene tanto de los trovadores, sino del dogma maniqueo que sublima en su expresión el amor humano. Esta retórica se separa de la religión que la creó y pasa a las costumbres, convirtiéndola en un lenguaje común. El místico del siglo XVI, al expresar sus experiencias, está obligado a utilizar metáforas, las cuales toma de donde las encuentra, aunque tenga que modificarlas, como lo hace San Juan. Sabemos que, a partir del siglo XII, las metáforas corrientes son las de la retórica del amor cortés utilizadas porque convienen a la expresión del amor, así como a la expresión de las relaciones "desgraciadas" mantenidas por el alma y Dios.

El dogma fundamental de todas las sectas maniqueas es la naturaleza divina o angélica del alma, prisionera de las formas creadas y de la noche de la materia. Es el lamento del yo espiritual aprisionado por la materia que no le permite alcanzar la esencia de lo espiritual. El impulso del alma hacia la luz no deja de evocar la reminiscencia de lo bello de que hablan los diálogos platónicos, pero también la nostalgia del héroe celta que volvió del cielo a la tierra y que recuerda la isla de los inmortales. De la misma manera, el místico, que ha estado en el cielo, en la unión con Dios, vuelve a la tierra prisionero de la materia y de lo cotidiano. Y es aquí donde su expresión se incorpora a la tragedia en la literatura.